

El Maestro le contó el engaño por que fué suelto. El Rey le dijo: «Veis aquí, Maestro, cómo, si Dios no, otro ninguno puede saber cuál es lo mejor de las mundanales cosas. Hacelde enterrar en la tierra fría; que su ánima por razón, según sus obras, en lo más caliente estará; y al gigante Matroco, pues que murió cristiano, ponelde de manera que se pueda llevar á lugar sagrado.»

Esto se cumplió después que á tiempo fué; que el caballero Negro, siendo señor de gran parte de aquella tierra de Persia, mandó hacer un monasterio en aquella ermita donde él estuvo, y hizo poner al Gigante en él en una muy rica sepultura, con la historia de su batalla, y cómo se convirtió, así como el libro adelante lo contará.

CAPITULO XII.

De cómo el maestro Elisabat fué á visitar el caballero Negro en la ermita donde estaba, al cual, haciéndole saber la embajada que por Grasinda al Marqués llevara en Constantinopla, le cuenta las cosas que dél y de otros con el Emperador, con la princesa Leonorina y la reina Menoresa había platicado.

Después que los gigantes y caballeros fueron enterados, como habédes oído, preguntó el rey Lisuarte qué se hicieron los hombres del gigante Matroco, que en la mar en las fustas estaban. Y dijéronle cómo cuando Arcabona se echó de la finiestra la habían tomado y se habían ido todos con ella. Entonces el Rey demandó que le diesen de comer, y así se hizo, aunque no tan bien guisado como menester era, por la revuelta que habían traído; y desde comió, acostóse en su lecho por dormir, que bien le hacía menester, y mandó que no lo despertasen, que se sentía cansado. Como el maestro Elisabat así lo vió, pensó que sería tiempo de ir á ver el caballero Negro, como se lo había rogado. Y dejando á Libeo, su sobrino, con la otra compañía, que guardasen el castillo y al Rey, salió lo más encubierto que pudo, y abajóse por la escalera de la peña. Y en pasando la puente, vió luego la senda que guiaba por el llano, y fué por ella al mayor paso que pudo, hasta que tornó á la orilla de la mar, y por allí se fué, y llegó donde la senda se apartaba por entre las matas; las cuales halló tan espesas, que dudo si podría salir dellas á parte que no fuese perdido, y muchas veces, con este temor, estuvo para se volver, mas la gran codicia de ver aquel que tanto deseaba le hizo poner en no dudar cualquier aventura que le pudiese venir. Pero no anduvo mucho que vió la ermita, que por las señas que el caballero Negro le dió, conoció ser aquella, y llegó á ella bien cansado, como aquel que la edad y el no haber acostumbrado de andar á pié le dieron causa de mayor pena. Y halló al hombre bueno y al mudo á la puerta, y saludólos, y ellos á él, y preguntóles dónde estaba el caballero. El hombre bueno lo quisiera encubrir, que no sabía si le haría enojo; mas el mudo, que conoció al Maestro, hízole señas contra la pequeña cámara.

Cuando el Maestro esto vió, fuése á ella, en la cual entrando, halló al caballero echado en su lecho, y como vió al Maestro, levantóse sobre los brazos con grandísimo trabajo para le hablar. Mas él hincó los hinojos ante la cama, y quisole besar las manos, y el caballe-

ro le abrazó, con mucho placer que hubo con su venida, y así lo detuvo un rato, y hízole asentar cabe sí, y díjole: «Mi buen amigo, ¿qué ventura os trajo á esta tierra tan desviada en la ínsula Firme, adonde quedastes con mi padre? Que de mí no os debeis maravillar; que según lo que se ha dicho, yo no nasci para ningún reposo.» El Maestro le dijo: «Mi señor, después que fuistes caballero, y la gran fusta de la Serpiente os llevó por la mar, cuando con aquel dulce son nos hicieron caer las trompetas adormidos, luego al tercero día se partieron de la ínsula Firme el rey don Bruneo y don Cuadragante, y todos los otros caballeros, salvo los que con Amadís quedaron. Y Grasinda, mi señora, me mandó que me fuese á su tierra, y cuando hubiese en su hacienda puesto cobro á algunas cosas, me pasase á Constantinopla, al marqués Saluder, su hermano, y le hiciese saber cómo ella se iba con mucha honra, casada con aquel caballero de tan alto linaje, al gran señorío de Sansueña, donde ya eran señores; y asimesmo le contase todas las otras cosas que habían acaescido después que había partido de la ínsula Firme, y por saber dél qué tal estaba llegado. Así que, yo llegué con esta embajada á Constantinopla, y recaudé mi demanda como la llevaba con el Marqués, y vi al Emperador, que benignamente me recibió, y quiso oír todas las cosas que sucedieron después que su sobrino Gastiles había llegado allí; las cuales yo le conté así como pasaron, en que gran pieza me detuvo, como aquel que mucho amaba vuestro padre. Y queriéndome despedir dél, fui llamado por parte de la hermosa Leonorina, su hija, aquella que hoy vence en hermosura y apostura á todas las doncellas del mundo. Y cuando ante ella llegué y ante la reina Menoresa y otras doncellas de alta manera, preguntóme con mucha afición por el caballero de la Verde Espada, diciéndome que aunque había sabido que ahora se llamaba Amadís de Gaula, que ella no le llamaría sino por aquel mismo nombre que se llamaba al tiempo que le hizo la promesa de la tornar á ver, ó enviar tal caballero que en su lugar la sirviese. Yo le conté otras muchas cosas de las que acá se habían pasado en la ínsula Firme, que allá no se sabían ni había noticia dellas, y le dije cómo el rey Lisuarte fué perdido, que ningunas nuevas se sabían dél; y cómo sobre esta prision Urganda la Desconocida os hizo ser caballero, y la fortuna que en ello se tuvo; y cómo vuestro padre os mandó que cumpliédes la promesa que le hizo, y la sirviédes en todo lo que os mandase; y cómo con el dulce son de las trompas fuimos todos adormidos, de manera que no supimos de vos ni de los noveles, ni qué se hizo la gran fusta de la Serpiente; así que, ninguna cosa quedó que saber no le hiciese. Y dígoos que ella lo oyó todo con la mayor afición que ser podía. Y díjome.—Mi primo Gastiles, entre las otras cosas que me contó de las que en esa parte acaescieron, me habló de ese doncel que decis, y de su gran hermosura, y de las grandes cosas que dél ha dicho esa Urganda, que allá por tan gran sabidora tienen, y de unas letras muy extrañas con que nació. Y ruégoos, Maestro, que me digais lo que dél sabeis, porque la gran afición que el Emperador mi señor y todos tenemos á su padre, nos hace desear saber las cosas que dél dependen.

«Entonces le conté por extenso toda vuestra crianza, de qué forma fué, y cómo el rey Lisuarte os halló en la floresta con la leona, y la carta que Urganda la Desconocida le escribió de las grandes cosas que vos habían acontecido, así como lo supe después que en la Gran Bretaña estuve; y díjele cómo en la carta decía que en la diestra parte traíades el nombre vuestro, y en la siniestra el de vuestra amiga, y las letras de vuestro nombre eran blancas, que muy sin pena se leían, y las otras coloradas, tan ardientes al parecer, que era maravilla; las cuales de persona ninguna hasta entonces pudieron ser leídas ni entendidas, ni lo serán, salvo de aquella que, por su gran hermosura, le ganará y cautivará su corazón. Ella me dijo:—Maestro, si las letras coloradas no se pueden leer, ni persona alguna las sabe entender, ni por eso se podrá encubrir quién es aquella su amiga que desde su nacimiento consigo sobre el corazón trae.—Y yo le respondí que vuestra edad aun no había sido para que de libre os hiciédes sujeto; pero que al pensamiento de todos, según el gran linaje y muy gran estado que esperábades, las grandes cosas por que habeis de pasar sobre cuantos caballeros en el mundo son, que no podíades ser amado ni querido sino de aquella que en grandeza y hermosura sobrase á todas las de su tiempo. Ella dijo:—Maestro, ciertamente, si el caballero es tal como vos decis, tal debe ser aquella que por señora y por amiga ha de tener; porque según su valor sea empleado, como lo merece. Y pues que su padre le mandó que me viniese á servir, mucho os ruego, Maestro, que si lo viédes, que de mi parte le digais que lo haga; porque quiero ver si sus obras son tales que las del padre con razón excusar puedan.—Yo le dije:—Mi señora, su partida de la ínsula Firme fué tan extraña como dicho tengo, que por esto no sabré yo dónde lo hallase, aunque á gran trabajo por vuestro amor me quisiese poner; pero yo creo ciertamente que antes de mucho tiempo sus cosas serán tales, que ellas le mostrarán y publicarán adonde muy encubierto esté; porque aquellas armas negras que él trae, y lo que con ellas hará, serán causa por donde en muchas partes sea conocido.—Así que, mi buen señor, en esto que os he dicho y en otras cosas me detuvo aquella princesa, hasta que della me despedí. Y luego entramos en la mar yo y mi sobrino Libeo, con aquella compañía que vistes, y al segundo día la fortuna me echó á la parte donde el gigante Matroco corría, y me puso en sus manos.»

Cuando el caballero Negro hubo oído lo que el maestro Elisabat le dijo, y cómo aquella tan alta y tan hermosa señora con tanta voluntad había querido saber de su hacienda, y para se servir dél le enviaba á llamar, súbitamente fué herido en el corazón, no sabiendo cómo, de tan gran desmayo, que la color y la habla por una pieza le hizo perder, y cuando algo en sí tornó, no se atreviendo hablar más con el Maestro, dijo: «Mi buen amigo, bien será que os torneis al Rey ante que os halle menos, porque no querría que vuestra ausencia diese causa á que de mí supiese.» El Maestro le dijo: «¿Por qué causa os encubris tanto del Rey vuestro abuelo, que sin duda creo que en el mundo no se podría hallar otro de su igual, si no es aquel

rey Perion, que por tal le conocemos? Porque aunque algunos caballeros se podrían igualar á su esfuerzo, y aun pasar adelante, no deben, por tanto, en igual grado ser tenidos; que mucha diferencia es justo que haya entre los grandes príncipes que, olvidando aquella grandeza de estado en que Dios los puso, aventuran sus vidas, poniendo sus cuerpos en grandes peligros por escudo y amparo de los suyos, queriendo recibir la mayor parte del peligro y trabajo, y aquellos que sin tenerla lo hacen; que nunca, aunque para adelante se espere, supistes qué cosa es señorear. Que no es este de los reyes que para sostener sin peligro sus estados quitan sus personas de las afrentas que empecer les pueden, y mandan poner las ajenas en todo rigor de muerte. De que muchas veces redundan que, siguiendo ellos más sus apasionadas voluntades, que de razón ni necesidad costreñidos, toman y buscan las lejanas tierras, aventurando las personas y vidas ajenas, quedando las suyas en muchos vicios y placeres, con muy poco cuidado de aquellos que por su servicio trabajan y padecen; lo cual muy contrario fué siempre deste rey. Así que, no solamente los suyos, mas los extraños, con mucha razón lo debrian buscar y servir á él y á todos aquellos reyes y grandes señores que tienen sus mañas.»

El caballero le dijo: «Todo eso que vos, Maestro, decis es verdad, que por maravilla otro tan buen rey como este se podría hallar. Y si yo no lo veo ni me lo doy á conocer, no es otra la causa, salvo no ser digno, según las grandes cosas que de mí le fueron escritas, y las pocas que he pasado, de parecer ante él.—Pues que esta es vuestra voluntad, dijo el Maestro, así se haga, aunque á mí pluguiera que con vuestra vista, demás de le dar mucho placer, conociera que cuando más de vuestro padre desviado estaba, allí dél le ocurrió su salvación.»

CAPITULO XIII.

De cómo la doncella Carmela se dió á conocer al Rey, y tomada licencia, se fué á ver al ermitaño su padre en la floresta, donde, habida noticia del caballero Negro, fué alterada por lo matar en la cama donde solo durmiendo estaba, y contemplando su hermosura, quedó de su amor cautiva.

Con esto que oistes, se salió el maestro Elisabat de la ermita, donde dejó al caballero Negro tan maltratado, que en ninguna manera no se podía levantar de su lecho. Y por el mismo camino que allí fué se volvió, y entró en la montaña Defendida, sin que ninguno supiese dónde había ido, y halló que el rey Lisuarte se levantaba, y andaba paseándose por la cámara de la gran torre, mirando la mar con deseo de hallar alguno que por ella á su tierra lo llevase. Pues el Maestro llegado al Rey, le preguntó qué había hecho: si dormiera. El le dijo cómo había andado por aquella montaña mirando la más hermosa tierra que jamás había visto. Pues estando así, entró en la cámara una doncella de las del alcázar, que Carmela se llamaba. Esta era la hija del ermitaño que ya se os dijo; y hincó los hinojos ante el Rey y díjole: «Rey, quiero que me conozcas y de mí te sirvas, como de tu natural que soy.» El Rey le dijo: «Doncella, agradézcoos lo que me decis, y si aquesto es por ganar mi gracia, de cualquier parte que vos seais la

ganaréis; que nunca las dueñas y doncellas perderán de ser honradas y ayudadas de mí, en cuanto yo pudiere, aunque por causa de algunas dellas la fortuna me ha sido muy contraria; mas desto no las culpo yo, porque no dellas, mas de aquel Señor á quien yo tengo enojado me viene. Ahora me decid quién sois.»

Entonces la doncella le contó en qué manera allí habían venido con Arcabona, su señora, y cómo su padre era ermitaño en la floresta fuera de aquella montaña, y todo lo otro que ya oistes cómo lo contó el ermitaño al caballero Negro. Así estaba el Rey aquel día hablando con la doncella, preguntándole de algunas cosas de aquella tierra, y con el maestro Elisabat y su sobrino, diciendo la gran congoja que su espíritu recebia en no saber quién fuese el caballero de las armas negras, y que si de aquella tierra partiese sin lo saber, que nunca aquella lástima se le quitaría. Pues el día pasado y la noche venida, dieron al Rey de cenar, y queriéndose ir á su lecho, entró la doncella Carmela, y hincó los hinojos y dijo: «Rey, demándote licencia para que de mañana vaya á ver á mi padre el ermitaño, y le diga lo que de tí he visto, con que gran consuelo habrá.— Así se haga, dijo el Rey, y decilde que placer habré en que me vea.» Despedida la doncella del Rey, otro día al alba hizo que la puerta del castillo le abriesen, y cabalgando en su palafren, se fué por la montaña, á la parte donde no era cercada de la mar, y por un postigo pequeño que entre dos torres estaba, que solamente por él un caballo cabía, de donde ella la llave llevó, sacó su palafren, y cerrando la puerta por defuera, cabalgó en él, y se fué por un muy hondo y espeso valle, y llegó á la ermita á tiempo que el mudo marinero y el ermitaño su padre eran á la barca idos por cosas que para el caballero eran menester, y le habían dejado durmiendo; que despues que el maestro Elisabat se partió dél el día antes, y quedó pensando en aquella señora de la cual ya su corazón estaba atormentado, como cosa tan nueva para él, no sabia por alguna manera darse remedio; antes teniendo en la memoria la sabrosa membranza de aquello que el Maestro le dijera, su sentido muchas veces se amortecía, y con esta congoja ponía las manos sobre el corazón, con gran temor que no se le saliese del pecho, y hallaba las letras coloradas que sobre él tenía tan ardientes, que apenas las manos en ellas podía sufrir. Y así estuvo todo lo que del día quedaba, y lo mas de la noche, que nunca pudo dormir; y los remedios que por su marinero, pensando ser aquel mal de las batallas pasadas, le fueron puestos, muy poco le aprovechaban, porque el un mal era para que las carnes padeciesen, y el otro quebrantaba y rompía las cuerdas y telas del corazón. Mas ya bien cerca de la mañana todo esto no tuvo tanta fuerza, que el gran cansancio y sueño no le venció; así que, con gran reposo se adormeció. Pues llegada la doncella, ató el palafren á un árbol, y entró en la ermita, pensando hallar como solía á su padre, y como no le vió, fué luego á su cámara, como hacía otras muchas veces. Y abriendo la puerta, entró dentro, y vió cómo á la cabecera de su cama estaba arrimada la rica espada, y un bulto de persona echado en ella, de lo cual estaba muy maravillada. Y llegóse paso lo mas que pudo, y tomó

la espada en sus manos y sacóla de la vaina, y halló en ella muchas manchillas de sangre, y miró por la cámara, y vió las armas negras al un cabo della, y conoció ser aquellas las del caballero que á sus señores hab muerto. Y tan gran sobresalto le vino, que las carnes y las manos le temblaban; así que, la espada se le hubiera de caer. Pero esforzándose, que aunque fuese tomada en tal auto como estaba, por ser mujer no se le siguiera peligro, tomó mas esfuerzo, y quiso ver quién estaba acostado en su cama, y si su corazón bastase para ello, tomar venganza de aquel que tanto mal había hecho en aquellos de quien ella mucho bien esperaba. Y llegóse á la cama y miró el rostro del caballero, que algo cubierto tenía, y un paño de lino en la cabeza revuelto, para remediar el dolor que los golpes que en ella hubo le daban. Y como lo vió tan hermoso, y su cara tan hermosa y tan resplandeciente, aunque por las muchas lágrimas que había derramado mucho della le menoscabase, fué muy mucho espantada de verlo, y estúvole mirando por una muy gran pieza, que apenas los sus ojos ellos podía partir.

Pues ella estando así, dió el caballero Negro una vuelta á la otra parte sin que el sueño rompiese, y dijo: «¡Oh, caballero tan sin ventura! ¿Qué será de mí?» La doncella estuvo muy queda, sin se mudar; pero como vió que dormía, pasóse ella á la otra parte y llegó su rostro cabe el suyo, como aquella que en sí sentía gran turbacion; que tan fuertemente era de su amor presa, que ningun sentido tenía, y las lágrimas le venían á los ojos sin lo sentir, que por el rostro en gran abundancia le corrían. Así que, bien se puede decir, en una casilla tan pequeña y tan apartada de la conversacion del mundo, tan pobre y tan sola, allí el cruel y engañoso amor aun no quiso perdonar á estos amantes, y allí los hirió de tan recia herida con sus muy crueles saetas, que por todo el tiempo de sus vidas muy duramente lo sintieron, creciéndoles siempre dos mil congojas, suspiros, dolores y angustias enamoradas. Como quiera que en la sazón que esto les aconteció, el uno dellos tan trabajado y fatigado estuviere de aquellas fuertes batallas pasadas, que con mucha razon debieran quitar causa á que en otra cosa pensase sino en su salud. Y la doncella, viendo en un solo día muertos todos sus señores, y no menos su señora, que criado la había, y dellos esperaba muy mucho bien y merced, que no debiera procurar ni menos pensar sino en quien la consolase. Todo esto no pudo al uno ni menos al otro poner tanto remedio, que no fuesen presos y captivos todos los días de su vida. Pues si esto es así, que de aqueste cruel tirano ninguno, por fatiga ni trabajo que tenga, se puede amparar ni defender, ¿qué harán aquellos y aquellas que con muy muchos vicios y muchos placeres, no tan solamente procuran de se desviar dél, mas ellos mismos de su propia voluntad despiertan y convidan á la memoria para le atraer que, ora sea justo, ora sea injusto, ora honesto, ora deshonesto, no tienen cuidado sino de desear y amar.

CAPITULO XIV.

Que la doncella Carmela llevó la espada del caballero encubierto al alcázar, por cuya pérdida el ermitaño y el mudo, cuando de la barca volvieron, grande sentimiento hacian.

Estando pues así esta doncella Carmela, hija de aquel buen hombre ermitaño, mirando con tanta afición y voluntad la hermosura de aquel caballero, como dicho es, tornando algo mas en su sentido, pensó que por otra via se habia de curar aquella llaga que tan súbitamente allí le viniera; y metió la espada en la vaina, y púsola debajo de su manto, y cabalgando en su palafren, lo mas encubierto que ella pudo se tornó por el espeso valle por donde había venido, y luego al postigo que ya oistes, por el cual se entró y se fué al castillo, adonde guardó muy bien la espada, que ninguno la viese; y á poco rato vinieron el mudo y el buen hombre ermitaño con el recaudo que había menester, así de vianda como de otras cosas, que el caballero Negro les mandó que por ninguna manera del castillo se trajese, porque por ello no fuese descubierto; pues temiendo de otra parte no podia ser, que los lugares de aquella comarca eran léjos, y todos de los turcos. Y entrando en la cámara, despertaron al caballero para le dar de comer, que con el sueño, y mas con la congoja muy grande que consigo tenía, estaba como atordido; porque aquella prision que de aquella señora le vino, aunque por la una parte su memoria muy gran dulzura le daba, por otra parte le ponía en muy grandes desmayos. Así que, no podia este caballero pensar su remedio cómo venir le pudiese; que si procurase de la ver y servir, segun su grandeza della, junto con su gran hermosura, no se tenía él por tal ni por tan suficiente para que su bonbad bastase para satisfacion de su muy gran deseo, ni menos para cumplir aquello que ella dél esperaba. Pues hallarse léjos de su presencia era muy imposible poder sostener la vida, ni que su corazón no fuese convertido y deshecho en lágrimas. Con este pensamiento, casi despierto y casi dormiendo, se hallaron estos dos que ya dije, y hiciéronle comer, aunque muy sin gana, y bien pensaron que no de los golpes de las batallas, mas de alguna cosa que el maestro Elisabat le hubiese dicho, le ocurrió aquella tan gran mudanza en que á la sazón estaba.

Estando así como oido habeis, hallaron menos la espada, de que muy mucho maravillados fueron, y preguntaron al caballero si la pusiera él en otro lugar, y él les dijo que no la viera, y ellos comenzaron mucho á cuitarse, especialmente el marinero, por la pérdida tan grande que á su señor era venida. Mas el caballero les dijo: «Amigos míos, no os allijais ni congojeis tanto; que mis cosas no son como las de los otros. Esta espada por ventura fué ganada y por ventura es perdida; puede ser que me fué guardada tanto tiempo mas de para lo que con ella se hizo. Dejémoslo todo á aquel Señor en cuya mano y poder son todas las cosas.»

CAPITULO XV.

De cómo el rey Lisuarte, informado por la doncella Carmela del caballero Negro dónde estaba, se partió solo con ella por lo ver, y en el medio camino, por nuevas de un apresurado mensajero, se metió por la floresta presuroso, por ver una cruda batalla, en que Lindoraque gigante y sus dos caballeros quedaron muertos por mano de dos caballeros extraños, á los cuales el Rey, conociendo ser Talanque y Ambor, sus naturales, los llevó con Carmela á la ermita, de donde á Esplandian, con sobrado placer, al alcázar llevaron, y confirmó la merced que á Carmela otorgada tenía.

Tornando pues al rey Lisuarte, dice la historia que cinco días estuvo en aquel grande alcázar de la montaña Defendida sin que otra cosa hiciese, salvo hablar con el maestro Elisabat, que era hombre letrado y entendido en todas cosas, y todo lo mas en el caballero Negro, por ver si por alguna via le podia sacar á que dél le dijese. Pero el Maestro era tan fiel y de tanta verdad, que en ninguna manera quebrantaria lo que al caballero prometió, que era no le descubrir. Mas la doncella Carmela, que á todo esto presente se hallaba, viendo la gran afición del Rey que en saber de aquel caballero tenía, no se pudo sufrir de no le poner en descanso. Y así, con esperanza de alcanzar la cosa del mundo que mas amaba, y apartando al Rey un día, como que otra cosa fuese, le dijo: «Buen Rey, si me prometes de serme ayudador en lo que me es ganar la vida ó cobrar la muerte con aquel caballero que tanto deseas, yo te lo mostraré, y en tal parte donde sin ningún embargo hablarle puedas. Y porque creas ser verdad, vénte á mi cámara, y verás tal señal, que si de mí alguna duda tienes, ella te la quitará.» El Rey le dijo: «Buena doncella, si haceis lo que habeis dicho, no sería cosa tan cara que por mí se pueda alcanzar que no la hiciese.—No quiero, dijo ella, salvo que me seas ayudador en una cosa que á aquel caballero yo demandaré.»

Entonces llevó al Rey á la cámara sin otro alguno, y mostróle la espada del caballero, y dijole: «Esta bien la conocerás.—Por cierto, dijo el Rey, si conozco; que ella fué gran ayudadora en mi deliberacion.—Pues no dudes, dijo ella, de te ir conmigo; que yo te mostraré aquel que con ella hizo mas armas en tan poco espacio de tiempo, cual otro ahora ni nunca pudiese hacer.» El Rey le dijo: «Doncella, ¿qué quereis que yo haga en esto?—Buen Rey, dijo la doncella, no otra cosa, salvo que mañana salgas conmigo, y cuando aquí á comer volvieres será cumplido lo que te prometo.—¿Llevaré armas? dijo él.—Solamente tu espada, dijo ella; porque ningun caballero en tiempo ni sazón alguna dejarla debe, y un caballo de los que aquí en este castillo hallarás.—Así sea, dijo el Rey; que no puedo yo aventurar tanto por ver aquel que por mí tanta afrenta y peligro pasó, que mas que él no merezca.» Entonces se tornó á su compañía y estuvo hablando con ellos muchas cosas, y diciéndoles cómo otro día en compañía de aquella doncella queria ver algo de aquella montaña; que deseo había de andar una pieza por el campo. Pues aquella noche pasada, y el día venido, mandó el Rey que le ensillasen un caballo de aquellos de los jayanes, que muy hermosos los tenían. Y cabalgando en él, se fué con la doncella, mandando al Maestro que con su compañía

el alcázar guardase. La doncella lo llevó al postigo pequeño que ya oistes, por do sacaron los caballos, y fuéronse por el hondo y espeso valle, el camino derecho de la ermita, donde el caballero Negro estaba. Y cuando el medio camino anduvieron, vieron venir un hombre en un caballo, al mas andar que podía, que bajaba por la cuesta derecho al mesmo valle y camino por donde ellos iban.

Cuando así el Rey lo vió, detuvo el caballo, y el hombre llegó á ellos y conoció luego á la doncella, y ella á él, y díjole: «Amigo, ¿qué priesa traes?—Vengo, como ves, á la montaña Defendida, á tus señores que socorran á Lindoraque, su tío, que viniendo á ellos de su torre, halló en aquel llano dos caballeros extraños, que nunca por esta tierra se supo que anduviesen, con unas armas blancas y señales negras; los cuales le mataron á dos caballeros suyos que delante dél venian, y quedan con él en la mas brava batalla que nunca se vió, porque aquellos no son como los desta tierra.» Cuando el Rey esto le oyó decir, y nombrar aquellas armas y que eran caballeros, luego sospechó que estos serian compañeros del otro caballero extraño, de las armas negras, y dijo á la doncella: «Amiga, quedad con este hombre que os conoce; que yo ir quiero á ver la batalla.» Entonces hirió al caballo de las espuelas, y fué lo mas que pudo por la vía que el hombre á ellos viniera, y cuando fué suso encima de la cumbre, vió en otro valle los dos caballeros, que tenian al Gigante en medio y lo herian de mortales y muy fieros golpes; pero el Gigante se defendia dellos muy bravamente con una maza muy grande, y como era pesada, estaba siempre quedo, que no se movia, y los dos caballeros andaban ligeros con sus caballos y guardábanse de sus golpes, saliéndose dél cada vez que querian. Y así anduvieron por una pieza, que los caballeros, aunque grandes golpes le daban, no le hacian daño alguno, por las fuertes armas suyas que le amparaban, ni él les alcanzaba golpe en lleno con la maza. Mas como los caballos comenzaron á cansarse, el gigante bravo tuvo tiempo de dar á uno dellos con la fuerte y pesada maza en la cabeza una tan gran herida, que se la hizo pedazos, y dió con él muerto en el suelo; y de la caída fué el caballero algo quebrantado, pero no de manera que presto no se levantase con su espada en la mano, que nunca la perdió. Y como el otro caballero su compañero así lo vió, hirió al caballo de las espuelas lo mas recio que pudo, y sin que el jayan herirle pudiese, juntó con él tan presto, que otro hacer no pudo sino es echarle los brazos y tenerle abrazado; de que el Rey, que la batalla miraba, se maravilló de su esfuerzo.

Pues así estando, que ya el Gigante tiraba por él tan recio que de la silla lo sacaba, el otro caballero llegó á pié y trabó por aquella misma parte por él; así que, con la fuerza de los dos, todos tres fueron á tierra. Mas el caballero que á pié se halló, como lo vió venir ayuso, apartóse un poco afuera, y como ellos cayeron abrazados, fué luego él sobre el Gigante, y antes que el otro caballero desenvolverse pudiese, le metió la espada por la visera del yelmo y por el rostro, que le pasó á la otra parte; así que, al jayan le convino abrir los brazos y soltar al que con ellos tenia, y echó la mano diestra con

que la espada perdiera á tiento, que la vista tenia perdida de la mucha sangre que le estorbaba, y trabó al caballero que lo hiriera por la halda de la loriga, y tiróle contra sí tan reciamente, que á mal de su grado lo hizo caer de rostros por encima dél á la otra parte. Mas el otro, que ya libre estaba, fué luego sobre él y dióle con la espada en la una mano tal golpe, que se la hizo caer en el campo. Entonces el jayan dió un gran bramido, pero no tuvo tanta fuerza para mas se defender, y allí fué muerto, que por debajo de las grandes y fuertes hojas le metieron las espadas.

Como el Rey vió así el pleito partido, plúgole dello; que bien pensó ser aquellos caballeros cristianos, pues en las armas la señal de la cruz traian, y fuése contra ellos, que querian ya cabalgar en sus caballos, tomando el del Gigante por el que muerto les habia. Y como le vieron venir, estuvieron quedos, que no sabian quién fuese. Mas acercándose á ellos, luego le conocieron, y dijéronle: «Bendito sea aquel Señor que nos guió donde os hallamos.» E hincaron las rodillas, el uno de la una parte y el otro de la otra. El Rey les dijo: «Caballeros, mucho os ruego que me digais quién sois, que tanta honra me haceis.» Ellos se quitaron los yelmos, y conociólos el Rey, que el uno era Talanque, hijo de don Galaor, y el otro era Ambor de Gadel, hijo de Angriote de Estravaus. El Rey les dijo: «Amigos míos, no es sin razon que hayais placer de estar aquí conmigo, que siempre lo tuve yo de estar con vuestros padres, y así lo he agora en estar con vosotros. Mas decidme, ¿qué ventura tan fuerte os pudo traer á esta tierra tan extraña?» Ellos le dijeron: «Señor, nosotros venimos en rastro de un caballero que trae unas armas negras, si lo podriamos hallar.—¿Sabeis cómo ha nombre ese caballero? dijo el Rey.—Sí, dijeron ellos; que es vuestro nieto Esplandian.—¿Ay santa María, váleme! dijo el Rey, que no digais por agora mas, que no me podré sufrir. Mas cabalgad en estos vuestros caballos y venid conmigo; que yo entiendo de os lo mostrar, y de mas sosiego quiero que me conteis de su hacienda y de la vuestra.» Los caballeros cabalgaron como el Rey mandó, y fuéronse tras él, dejando muerto al Gigante y á los otros dos sus caballeros en el campo. Y á poco rato encontráronse con la doncella, que mucho se maravilló que aquellos caballeros venian tan en paz con el Rey, y díjole: «Rey, ¿quién son estos caballeros?—Buena doncella, dijo él, saberlo heis cuando sea tiempo; mas decidme, ¿qué se hizo el hombre que con vos quedó, y lo que dél aprendistes?» La doncella le dijo: «Fuése á mas andar por esta montaña cuando de mí supo la destruccion tan grande de los jayanes y de su madre. Pero antes me dijo cómo estando este jayan que allá dejais en una torre suya, supo algo de lo que acá pasó, y venia por saber qué cosa fuese; y dijo que no traia consigo sino dos caballeros muy buenos, que siempre lo guardaban. Y cuando él se partió dél, halló que aquellos dos caballeros dejaba muertos, sin que el Gigante lo viese, porque venia muy atrás; y desde llegó, que le vió acometer á los caballeros extraños, y que no sabia mas.—Agora nos guiad, dijo el Rey, donde me prometistes; que ese gigante que decis, ido es con los otros donde segun las obras habrá el galardón.»

Entonces se metió la doncella en el camino contra la ermita, y no auduvieron mucho que llegaron á ella, y hallaron al ermitaño á la puerta, asentado en una piedra, y como los vió, levantóse con gran sobresalto y dijo: «Hija, ¿quién son estos que os traen?—Padre, dijo ella, veis aquí al rey Lisuarte, cuyos naturales somos.» El hombre bueno le miró, y como quiera que cuando él allí vino le habia dejado muy mas mancebo, conocióle en la filosomía (1) de la faz. Y llegó por le besar el pié, mas él no lo consintió; antes descabalgó de su caballo, y dióselo que lo tuviese, y entró en la ermita tras la doncella, que se iba á su cámara, y llegó á tiempo que el mudo marinero salia por saber qué gente fuese. Y como vió al Rey, hincó las rodillas ante él; pero él iba con tanto deseo de hallar al caballero, que no se detuvo cosa alguna; y entró dentro en la casilla, y vió estar á Esplandian vestido y sentado en la cama, que le daban de comer, y tan grande fué el alegría que de lo ver hubo, que no pudo sola una palabra hablar, antes se fué á él y tomóle en sus brazos, y besándole muchas veces, lo tuvo abrazado tan junto consigo, que Esplandian no le podia besar las manos. Así estuvieron una gran pieza, viniendo al uno y al otro, de muy grande alegría, las vivas lágrimas á sus ojos. En esto entraron los dos compañeros, y dijeron al Rey: «Señor, dejadnos parte dese caballero, que mucho lo hemos deseado ver, aunque há bien poco que de en uno nos partimos.» El Rey se apartó un poco, y llegaron ellos á le abrazar con aquel placer y alegría que pensar podeis. Esto así hecho, el Rey dijo á Esplandian: «Hijo amado, menester es que al castillo nos vamos, donde mejor curado seréis; que en esta pequeña casa, ni para vos ni para nosotros habria lugar, y esforzados de manera que cabalgando podais ir.» Esplandian dijo: «Señor, así se haga como á vuestra merced place.» Luego le pusieron en el palafren de la doncella, y á ella llevó Ambor en su caballo; y el Rey mandó al ermitaño y al marinero que llevasen ellos las armas negras de Esplandian y se fuesen al castillo.

Así como ois, se fueron todos por el valle espeso hasta que al pequeño postigo llegaron, y de allí se fueron al castillo, donde el Rey mandó que en su cámara hiciesen un lecho para Esplandian y otro para sus compañeros, porque le diesen algun placer. Pues allí pasaron lo que del dia les quedó, comiendo y hablando en las cosas que mas placer habian. En todo este medio tiempo nunca Carmela la doncella partia los ojos de Esplandian, antes lo miraba como persona fuera de sentido. Mas él estaba desto muy sin sospecha, y no la miraba. Otro dia, despues que el Rey se levantó, y estaba en su cámara hablando y riyendo con aquellos caballeros, y burlando con Ambor de cómo el Gigante lo habia echado por encima de sí, y otrosí, diciendo de muchas otras cosas pasadas, de que todos tomaron gran placer y solaz, entró luego la doncella Carmela y dijo: «Buen Rey, ¿he cumplido la promesa?—Sí por cierto, dijo él, y tanto á mi voluntad, que seré siempre en cargo de os hacer honra y merced.—Pues así es, dijo la doncella, cumplid lo que vos demandaré si quereis tener verdad, como todos los caballeros son obliga-

(1) Entiéndase *fiisonomia*.

dos, y mucho mas los reyes; de cuyo ejemplo puede redundar mucho bien y mucho mal.—Pedid lo que vos placirá, dijo el Rey, y segun mi poder, así se porrá en obra.» Ella dijo: «Rey, bien sabes que poco há que te demandé licencia para ver á mi padre, que en la ermita estaba, y no le hallando en ella, ni otra persona alguna, entré en la pequeña cámara que viste, donde yo los tiempos pasados muchas veces dormir solia, y hallé la espada deste caballero, la cual yo tomé, y conociendo haber sido este el que mató á mis señores, yo me quise atrever, fuera del natural esfuerzo de las mujeres, de tomar dél la venganza. Y teniendo la espada desnuda en mi mano para lo herir, vi su hermoso rostro en tal punto, que luego, sin saber cómo ni en qué forma, fui presa de su amor en tanto grado, que, sino por alguna esperanza que en tí he tenido, muy mas contenta fuera en dar me la muerte que en sostener la vida penada. Pero ya despues que deste caballero mas he conocido, mi propósito es mudado en otra manera; que considerando de antes ser este de la condicion de los otros caballeros que las aventuras demandan, creia haber yo alguna igualdad con él, y si en algo me sobraba, que el ruego y grandeza tuya pudieran cumplir mi falta y hacerme su mujer; mas la igualeza es tan desigualada, que ni tú, gran Rey, ni todos los emperadores y príncipes del mundo no bastarian á que en uno por aquella vía que yo pensaba conveniésemos. Y pues que así es, lo que te demando en cumplimiento de tu promesa, que pues por compañero haber no le puedo, le haya por señor, llamándome suya, y él por suya me tenga, que si por mi voluntad no fuere, nunca de su presencia partida sea. Y si esto que pido, tú, Rey, no lo alcanzas, y él no lo otorga, aquella misma espada que con tanta tribulacion á mis señores dió fin, aquella lo dará á mí, con gran peligro del ánima, sin ningun detenimiento.»

Cuando el Rey oyó lo que la doncella demandaba fué maravillado en ver así un amor tan fuerte y tan entrañable venido súbitamente, y hubo recelo que si en algo la contradijese, que haria algun mal recaudo de su vida, y respondióle: «Buena doncella, mucha gloria recibo yo en que este caballero sea amado de todos y todas cuantas le vieren y supieren todas sus buenas maneras, y esto que vos me pedis, eso vos pido yo y ruego, que siempre lo ameis y aguardeis cuanto vuestra voluntad fuere, y á él mando yo que por su amiga y compañera vos tome, y guarde vuestra honra y fama, como la razon á ello le obliga.—Pues otórguelo él,» dijo la doncella. Esplandian, que á todo esto con vergüenza estaba, cuando vió que el Rey lo habia por bien dijole: «Buena doncella, para esto que vos quereis no era necesario el mandado del Rey mi señor; que por vos, sin otro alguno, tuviera por bien de vos amar y querer, teniéndos en mi compañía, así como haria de grado á todas las buenas doncellas, como vos lo sois. Pero aunque mi voluntad esto en general tenga, lo vuestro será en particular, así como vuestro amor conmigo lo es. Y de lo que Dios me diere, yo os haré parte, como á buena amiga hacer debo.» La doncella fué tan contenta de lo oír, como si del mundo la hicieran señora, y hincó las rodillas ante él y dijo: «Desde agora

quedo por tuya hasta el fin de mi vida, y tú por mi señor; el cual nombre, si á tí no, nunca de mi boca habrá emperador ni rey ni grande que en el mundo sea.»

CAPITULO XVI.

En que se trata por qué razon la historia hace tanta mención desta doncella Carmela.

La historia os quiere contar por qué razon desta doncella Carmela, pobre, sin mucha parte de gran linaje, tanta mención ha hecho. Porque fué una persona de muy mucha discrecion y virtud, que hacen igualar á los bajos con los altos, si en ellos faltan. Aguardó siempre á aquel caballero en todas las partes que se halló, y vió todas las mas grandes cosas en armas que él hizo. Fué por él enviada á grandes reyes y provincias, así en cosas de amistad como de enemistad. Dió tan buen recaudo de su honra y de su fama, que fué conocida y tenida en gran reputacion en aquellas tierras, donde aquel caballero pasó lo mas de su tiempo haciendo guerras á los infieles. Asimesmo fué muy querida del emperador de Constantinopla y de su hija Leonorina, á quien ella muchas veces fué, por mandado de aquel caballero. Llegó á tanto su hecho por sus buenas maneras y servicios que hizo, que á tiempo fué que tuvo tanta honra y tanto estado, que muchos principes y señores de grandes tierras la quisieran de muy buena gana por mujer, mas ella jamás no se quiso casar, ni trocar el amor primero por otro alguno; antes siempre estuvo en aquel mesmo propósito, sirviendo y aguardando á aquel que mas que á sí mesma amaba, y durmiendo en su cama, sirviéndole á su mesa, nunca de su presencia se partiendo; por donde con mucha causa y razon las personas en este mundo deben siempre poner sus pensamientos en buena parte, procurando honestamente los bienes de fortuna, y cuando así haber los pudieren, tomarlos, pero con tal medida de sus conciencias, que no olviden que son ajenos y perecederos, y que por ellos no pierdan la gloria que siempre ha de durar.

CAPITULO XVII.

En que Talanque, hijo de don Galaor, y Ambor de Gadel, hijo de Angriote de Estravaus, cuentan al Rey sus muy venturosas hazañas que andando en busca de Esplandian, despues que por él fueron armados caballeros, les habian acaecido.

Estando el rey Lisuarte en aquel castillo de la montaña Defendida, así como habeis oído, despues que le contaron el gran maestro Elisabat y Libeo, su sobrino, cómo Urganda la Desconocida hiciera caballero á Esplandian, y el modo que para ello tuvo, y la carta que Amadís halló en su mano al tiempo que recordó él y los otros caballeros del sueño del dulce son que las trompas hicieron; y cómo Esplandian habia armado caballeros á los noveles, y así él como ellos se partieron del gran puerto de la insula Firme, sin saber unos de otros; y tambien cómo Urganda estorbaba á Amadís y al rey don Galaor, y á todos aquellos señores que puestos estaban en su demanda para lo buscar, que no lo hiciesen, porque muy poco provecho ternian, por mucho afan que allí tomasen; y sabido de Esplandian cómo se halló en su gran fusta, al pié de la peña de la Doncella Encan-

tadora, y todo lo que en ganar la espada le acaeció; y despues cómo fué guiado en la mar por el mudo marinero, y que sin saber dónde lo llevaba, navegaron diez dias, en cabo de los cuales se halló en la ribera donde habia visto aquella montaña Defendida, y saliendo en tierra habia aportado á la ermita donde halló aquel buen hombre, de quien tomó tal aviso por donde sospechó que el caballero que él le dijo que los jayanes y su madre tenian preso, que seria él, así como la historia contado lo ha; quiso el Rey saber de Talanque y de Ambor la causa y manera de su venida á aquella tan apartada tierra; los cuales dijeron cómo se habian hallado en una barca armados, y cómo Esplandian los hiciera caballeros, y dos caballos cabe sí, despues que recordaron del gran sueño con que del puerto de la insula Firme partieron cabe una villa ribera de la mar, del reino de Nuruega, que se llamaba Artimata, y que luego salieron en tierra por saber dónde habian arribado y por buscar algo que comiesen. Y como los de la villa los vieron se alborotaron contra ellos, y les enviaron un hombre que supiese quién eran; al cual dijeron que eran caballeros extraños que venian de la insula Firme. El hombre dijo: «A Dios merced, que á tal sazón llegastes; que bien seréis menester, segun en lo que el rey desta tierra está. —¿Quién es el Rey, preguntamos nosotros, y qué reino es este?—Señores, dijo el hombre, este reino se llama Nuruega, y el rey es Adroin, suegro de Agrájes, un buen caballero; no sé si lo conoceis. —Pues ¿qué necesidad tiene? dijimos nosotros. El hombre dijo: —Señores, por ser ya muy viejo, que ya no se puede mandar sino muy á penas, un su primo, hijo de hermano, vecino suyo y muy poderoso, con parte de algunos malos vasallos desleales, hase atrevido de le entrar en su reino, y tiénele cercada una villa de las buenas que él tiene; y el Rey está en otra, que no la puede socorrer, así por la sobra de su edad como por la falta de gente; que aquellos en quien él mucho confiaba le han faltado, como muchas veces acaece á los que están en necesidad, que no solamente son de los enemigos maltratados é injuriados, mas aun de los parientes y amigos son aborrecidos, y esto cáusalo el poco amor y menos verdad y virtud que hay en las gentes. —Agora nos decid, dijimos nosotros, ¿qué tanto hay de aquí adonde el Rey está?—Una pequeña jornada, dijo él. —Pues decid á esos buenos hombres desa villa que nos hagan dar de comer y una guia; que de grado, por amor de Agrájes, servirémos á este rey en lo que justo sea. — Eso luego se hará, dijo el hombre.

»Entonces se fué, y á poco rato trajo recaudo de lo que pedimos; y desque hubimos comido, nos y nuestros caballos, con un hombre que ellos por guia nos dieron, nos metimos al camino á tal hora que las dos partes del día eran ya pasadas. Así anduvimos lo que del día quedaba y la noche, y al alba del día entramos en la villa donde el Rey estaba, el cual, sabido de nosotros cómo eramos caballeros amigos de Agrájes, tomó gran placer y esfuerzo, y contónos en la manera que su hacienda estaba: cómo aquel su primo le tenia cercada aquella villa, y que él no la podía socorrer por la poca gente suya y la mucha del otro; especialmente dos sobrinos suyos que consigo tenia, que eran los mas va-

lientes caballeros que en gran parte se podrian hallar, y que en estos él y toda su gente tenian toda su esperanza. Nosotros le preguntamos por qué razon le queria tomar la tierra. Él dijo que no por otra, sino que por no tener hijo varon decia que le viene á él el reino, el cual yo tengo para lo dar á Olinda, mi hija, que es casada con Agrájes. —Pues haced esto, dijimos nosotros: enviadle á decir que, pues esta quistion es sobre razon de derecho, que no hay por qué las gentes padezcan y mueran; que vos daréis dos caballeros que sobre ello se combatan con otros dos suyos, y que Dios sea juez de la verdad. Y si caso es que él rehuse la batalla, díganle que tambien consentiréis, fiando en vuestro derecho, que él entre y sea el tercero con ellos. — Cuando el Rey esto oyó, estuvo pensando una pieza, y dijo: —Vosotros, caballeros, yo no sé quién sois; pero si me certificais ser de la insula Firme, no dudaré de os cometer mi justicia y de vos galardonar todo lo que me sirviédes; porque de allí no pueden salir sino hombres buenos; que de otra manera no podrian convenir con aquel que de allí es señor, y con los otros que aguardan y están á su ordenanza. —Por eso no tengais vos recelo, dijimos; que sobre nuestra fe os hemos dicho verdad.

»Entonces el Rey envió sus mensajeros á aquel su enemigo con esta demanda. El cual cuando le oyó, pensando que el Rey no ternia en su corte tales dos caballeros que con aquellos sus sobrinos osasen en el campo entrar, respondió que le placia que así aquel pleito se librase. Esto así concertado, salimos todos cuatro al campo, con guardas y fieles de ambas las partes, y hubimos una recia batalla de mucha porfia. Pero al cabo, como teniamos lo justo de nuestra parte, y aquellos caballeros y su tio habian maltratado á aquel anciano rey con muchas soberbias, plugo á la merced de Dios de nos dar victoria, mas no sin algunas heridas en nuestros cuerpos. Y teniéndolos todos tendidos en el campo para les cortar las cabezas, su tio nos los demandó con muchos ruegos, diciendo que él haria nuestra voluntad. Nosotros se los dimos, con tal que se quitasen de aquella demanda, y dejasen al Rey libre, que hiciese de su reino á su voluntad. Todo lo otorgó á contentamiento del Rey. Esto hecho, convino que allí estuviésemos hasta ser en disposicion de poder andar. Y en este medio tiempo aportaron allí unos mercaderes, que venian con grande espanto de una serpiente que habian visto cabe la peña de la Doncella Encantadora, en la mar. Nosotros les preguntamos de qué forma era. Ellos dijeron que era tan grande como la mayor nave que en la mar habia. Esto oído, conocimos luego ser la fusta de Esplandian, de que hubimos mucho placer, y aunque nuestras heridas no eran del todo sanas, demandamos al Rey que nos diese algun hombre suyo que á aquella peña nos supiese guiar; el cual nos mandó dar, y nos daba asimismo muy ricos dones; pero no le tomamos cosa alguna, antes luego nos metimos en la mar, y á los seis dias llegamos donde la fusta estaba, la cual vimos tan fiera y espantable, que aunque á nosotros era notoria, y en ella fuimos armados caballeros, nos puso gran temor; y con mucho premio hicimos al hombre que nos guiaba que á ella nos llegase;

y no viendo persona alguna, dimos voces llamando, si alguno respondia; y luego salió á su costado un hombre, que conocimos ser Sargil, que llorando, nos contó todo lo que habia acontecido á Esplandian en ganar la espada, y cómo él se fuera con el mudo marinero, y que no sabia si era muerto ó vivo; que él habia quedado con otro mudo, que no sabia qué se hacer ni adónde fuese. Cuando esto le oimos decir, le dijimos que nos llevase al mudo; y como salió, rogámosle que nos guiase por el camino que Esplandian con su compañero se fué. Él, sin nada decir, saltó en nuestra fusta, y remando con gran priesa, al cabo de once dias nos puso en tierra, á la parte donde hallamos los dos caballeros que muertos fueron y el Gigante que vos, Señor, vistes. Esto es lo que hasta aquí nos aconteció despues que de la insula partimos.»

CAPITULO XVIII.

En que el Rey mandó al maestro Elisabat que fielmente escribiese las historias de las hazañas destes caballeros.

El Rey hubo mucho placer de lo que le dijeron, y rogó al maestro Elisabat que, así aquello que los dos caballeros noveles habian dicho, como todo lo que á Esplandian acaeció desde que de la insula Firme se partió hasta entonces, lo pusiese en escripto. El Maestro le dijo que así lo haria, no solamente aquello, mas todo lo otro que á su noticia viniese; y que él queria escribir su historia, porque de principe tan alto y famoso no se esperaban sino cosas muy extrañas y maravillosas. Pues así como ois fueron escriptas estas *Sergas*, llamadas *de Esplandian*, que quiere decir las proezas de Esplandian, que destes cuatro libros de Amadís salen, por la mano de aquel tan buen hombre, que, si no la verdad, otra cosa no escribiera. Aunque en las cosas de Amadís alguna duda con razon se podia poner, en las de este caballero se debe tener mas creencia; porque este maestro solamente lo que vió y supo de personas de fe quiso dejar en escripto.

CAPITULO XIX.

De cómo, estando el rey Lisuarte deseoso de volver á su tierra, aportó en la ribera la fusta de la Gran Serpiente, á la cual, como el Rey y los caballeros descendieron, salió della una doncella que de Urganda embajada les traía, y presentó á Esplandian unas armas y caballo de apostura tan extraña, que sobremanera todos quedaron maravillados.

Estando, como oistes, el rey Lisuarte con tal compañía, pensando cómo podría volver á su reino, no por codicia de señorear ni mandar, como hasta allí hecho habia, porque ya la edad y la fortuna, y mucho mas la voluntad, que es principal señora y guardadora de lo que el apetito codicia, se lo negaba; mas por dar placer á la Reina su mujer, á quien él como á sí mesmo amaba, y á sus leales vasallos, que tanto dolor y tristeza por su adversidad habian mostrado, segun que el maestro Elisabat le dijo; y por tomar tal manera en su vivir, que así como hasta allí en las cosas temporales su loor hasta el cielo habia subido, así en las espirituales el fin de sus dias con otra mayor fama, mas verdadera y mas provechosa, fuese divulgado. Y antes que en la forma del camino se determinase, teniendo cuidado de no dejar desamparada una tan señalada cosa

como era aquella montaña Defendida, donde tanto servicio á Dios se podía hacer, y si se perdiere, tanto al contrario, acaeció que, estando en su cama con este cuidado y con otros mas graves, que su conciencia mucho agravaban, una hora antes que el alba viniese oyó en la mar, debajo de la ventana, un tan dulce son, que era una cosa extraña; y sin despertar á ninguno de aquellos caballeros que en su cámara dormían, se levantó y abrió las ventanas, y estuvo escuchando qué podía ser aquello. La noche era muy oscura, con tales rientos, que algo la mar hacían embravecer; así que, el aire que en las concavidades de las bravas peñas daba, y el ruido de las ondas, acrecentaban la dulzura de aquel son en tal manera, que el Rey, que desnudo estaba, no se podía salir de la ventana, y no sabía ni pensaba qué cosa fuese, sino creer que alguna serena lo haría, como algunos que las vieron se lo habían dicho.

Así estuvo por una pieza, que en él no pensaba ni en la memoria otra cosa no tenía, hasta que el son cesó. Entonces llamó los noveles caballeros, que, con la nueva edad, dormían sin ninguna cosa sentir, y díjoles lo que oyó. Ellos se levantaron luego y se pusieron á la ventana lo mas paso que pudieron, y no tardó mucho que el dulce son comenzó con tan suave melodía, que así el Rey como ellos nunca de la ventana se quitaron hasta que el día claro vino; el cual les mostró debajo donde ellos estaban, en la honda mar, la fusta de la Gran Serpiente, la vista de la cual grandísimo placer y alegría les dió; que bien pensaron ser por su bien y descanso venida. Entonces dieron al Rey de vestir y á los caballeros, y mandando abrir las puertas del alcázar y de la estrecha entrada que en la peña se hacía, salieron fuera y se descendieron por la escalera hasta se poner en la calzada donde las ondas batían; y á poco rato que allí estuvieron, salió de la fusta, en un batel, una hermosísima doncella, muy ricamente aderezada, y traía cerca de sí un lio con una cobertura de seda colorada. Y como salió donde ellos estaban, sacó el lio, y hincó las rodillas en tierra ante el Rey, y díjole: «Buen Señor, Urganda, mi señora, te besa humildemente las manos, y te hace saber que, por ir en tu servicio á una cosa que mucho al emperador de Roma y á tu hija la Emperatriz cumplía, dejó de gozar en tu presencia del placer entero que por tu deliberación hubo.» Entonces se volvió á Esplandian y díjole: «Hermoso caballero, aquesta mi señora, que mucho te ama, te envía aquí unas armas con que despidas aquellas que á la sazón de tu grande tristeza te dió; en las cuales hallarás la devisa de aquella que en loor y gloria de su gran hermosura, tu padre se la puso encima de su cabeza; y así como la triste recordación de la causa por qué las primeras que te fueron dadas te pusieron en tal coraje y osadía de tan alto comienzo, así la sabrosa memoria destas hará tus medios y fines con muy mas crecido loor.» Entonces desenvolvió la doncella el lio, y sacó un yelmo y un escudo y loriga de una muy clara y hermosa blancura, y della las sobreseñales para el caballo, todo sembrado de unas coronas de oro, muy extrañamente labradas, guarnecidas de piedras y aljófar de gran valor. Era todo tan bien tallado, que el Rey,

que las tenía en sus manos y las miraba, dijo que en toda su vida tan hermosas ni tan ricas las viera, y mas que á príncipe ni caballero del mundo había visto.

CAPITULO XX.

En que cuenta la razon por qué en las armas venia la devisa de coronas, y de cómo Esplandian recibió el presente, refiriendo con la persona las gracias, y de la apacible plática que allí pasaron.

Agora sabed que la razon por qué en estas coronas de las armas se hace mención de la devisa que aquí dice, que esto fué porque al tiempo que Amadís, llamándose el caballero de la Verde Espada, fué en Constantinopla en la casa del Emperador, como la tercera parte lo cuenta, la muy hermosa Leonorina, su hija, le dió dos coronas muy preciadas: la una que la diese á la mas hermosa doncella del mundo, y la otra á la mas hermosa dueña. Entonces él guardó la una para su señora Oriana, que ya dueña era, y puso la otra encima de la cabeza della, por ser la mas hermosa doncella de cuantas él visto había, y dijo que si algun caballero dijese lo contrario, que él se lo haría otorgar por fuerza de armas. Así que, por esta honra que él dió á aquella hermosa princesa, ella lo tuvo en tanto, que desde aquella hora siempre en todos sus atavíos trajo por devisa unas coronas, en memoria de aquella que por mano de tal caballero le fué dada. Y porque Urganda la Desconocida sabia lo que desta Leonorina y de Esplandian habia de venir, quiso que por señales desde entonces lo comenzasen, no para que el deseo dél mas de lo que estaba se encendiese, mas para despertar el della, que adormido lo tenia; como quiera que las cosas que el maestro Elisabat le dijo, que ya la historia vos contó, la ponían en sobresalto cada vez que deste caballero le hacían mención.

Esplandian tomó las armas y dijo: «Buena doncella, mucho agradezco á vuestra señora las grandes honras que della me vienen; á Dios plega por su merced que me lleguen á tiempo que yo las pague en cosas de que mucho ella sea honrada. Estas armas yo las traeré como su caballero, y en esto que de las devisas dice, bien creo que así serán, mas por agora no lo entiendo.» La doncella le dijo: «Si algo mi señora por vos hace, á vuestro padre lo debe, que le hizo un servicio el mayor para ella que ser podía en le restituir su amigo, que era la cosa del mundo que mas amaba, el cual tenia perdido, que su gran saber no le aprovechaba para lo cobrar. Y en lo de las devisas dice que no pasará mucho tiempo sin que sintais el dolor y dulzura que dellas vos vernán, por donde conoceréis que no sin gran causa os las envía.» Carmela, la doncella que ya oistes, nunca de Esplandian se partía, y como esto oyó del amigo de Urganda, dijo: «Doncella, decid á vuestra señora que mucha razon tiene de galardonar lo que de su amigo le acaeció si tanto lo ama; que otras hay que si así les acaeciese, que aquellos que mas aman pudiesen cobrar, que no con las cosas mundanales de poco valor lo satisfarian, mas aventurando la vida y parte del ánima.» La doncella de Urganda la miró, y dijo: «Yo os digo, doncella, que con mucha causa en el cuento de esas que decis me podriades poner.» El Rey se comenzó

CAPITULO XXII.

De cómo el rey Lisuarte, dejando guardas en la montaña, se partió para su tierra, y de la embajada que Esplandian con la doncella Carmela á Leonorina, hija del emperador de Constantinopla, envió.

El rey Lisuarte se tornó al castillo, y mandó á Talanque y á Ambor y Libeo con su compañía que quedasen allí y pusiesen recaudo en aquella montaña; y él con Esplandian y el maestro Elisabat se metió en la fusta de la Serpiente. Mas Esplandian, cuando vió que le era forzado de se apartar de aquella tierra donde quedaba su señora, que él tanto amaba, sin que algo de sus angustias y deseos supiese, con dolor de su corazón habló con Carmela, su doncella, y dijo: «Mi doncella y verdadera amiga, si la promesa que os tengo dada, que con tanto amor me pedistes, pensase por ninguna guisa de os la quebrantar, no me ternia por tal caballero, ni ninguno me debria tener, ni os será demandada cosa mas de lo que vuestra voluntad fuere; pero si con ella, no siendo costreñida de empacho ni vergüenza, por mí hiciédes un viaje, mucha alegría daríades á mi corazón.» La doncella le dijo: «Mi señor sobre cuantos en el mundo viven, si tanta fuerza en mi voluntad está, que por ella se siguen las honras y mercedes que de vos espero, nunca en cosa alguna será cumplida ni satisfecha, sino cuando en vuestro servicio se pusiere; así que, mandad vos, Señor, lo que mas os contente, que por mí será puesto en obra hasta el punto de la muerte.» Esplandian se lo agradeció mucho, y díjole: «Mi buena amiga, llevad mi embajada á la hija del emperador de Constantinopla, aquella que por su gran hermosura por el mundo es su nombre ensalzado y publicado, y despues de le besar las manos de mi parte, le diréis cómo al tiempo que fui caballero, mi padre me mandó que la hubiese y sirviese en su lugar, quitando una palabra que á la sazón que della muchas honras y mercedes recibí, le dejó prometida. Y que yo, sabiendo su gran valor así en alteza como en hermosura, y haberse de cumplir por tan famoso caballero, y en su lugar satisfacer los grandes servicios que apenas sus fuerzas bastaran para ello, siendo yo de tan poco nombre como soy, que por ninguna manera seria osado de ser puesto en su presencia, aunque por Elisabat me envió á mandar que lo hiciese; pero que donde quiera que yo esté, estoy por su caballero, y todas las cosas que por mí pasaren, en tanto que la vida pueda sostener, serán en su servicio; y porque crea ser yo aquel que mi padre, sin vergüenza de ser su palabra en falta, anunció, y pueda de ello estar segura, que tome en señal este anillo, que ella muy bien conocerá; el cual quito del dedo del corazón, atribulado, sojuzgado y captivo.» La doncella dijo: «Mi señor, esto que mandais, yo lo cumpliré si mi desdicha no lo estorba. Mas, pues vais este camino tan desviado desta tierra, ¿dónde os hallaré cuando sea de vuelta?—Aquí acudid, en esta montaña, dijo él; que dejando al Rey mi señor en su reino, no me deterné de venir.» Con esta embajada que ois, se partió la doncella en la fusta del maestro Elisabat, con dos marineros, que la guiaron á Constantinopla, y lo que en este viaje le acaeció se dirá adelante.

á reir con ellas, como aquel que, aunque en su memoria le quedaba haber sido en la edad que en aquel caso pudiera ser el tercero con ellas, siendo infante, amando á la Reina su mujer, doncella, en casa del rey de Denamarca, su padre, por quien él grandes y maravillosos hechos en armas hizo, antes que rey de la Gran Bretaña fuese; ya la voluntad resfriada de aquellas encendidas llamas, se maravillaba de la gran subjecion en que el amor las tenia puestas. Entonces preguntó la doncella quién hacia aquel dulce son que de noche habían oido. La doncella le dijo: «Mi señor, yo lo hice con un instrumento de que mi señora mucho se huelga y se contenta, el cual siempre conmigo traigo, porque la misma dolencia de vuestra doncella me hace que muy poco duerma; y por no dar tanto lugar al pensamiento que el seso me turbe, tomo por remedio de me consolar con aquello que oistes.»

CAPITULO XXI.

De cómo la doncella de Urganda, acabando de razonar todas las embajadas de su señora, dejó allí la fusta de la Serpiente para que el Rey y Esplandian volviesen á su tierra, y ella con la barca con los dos mudos se despidió.

«Decidnos agora, dijo el Rey, quién viene en esa fusta.—Buen señor, dijo ella, no otro sino solo el escudero de Esplandian, que por no saber de su señor, mas muerto que vivo lo hallé, y un caballo blanco para este muy principal caballero, el mas hermoso que nunca se vió, con las mas ricas guarniciones de freno y silla que en gran parte se podrian hallar.—Pues ¿díjovos mas Urganda que me dijédes? dijo el Rey.—Sí, dijo la doncella; que cuando yo llegase, tú y Esplandian entrádes en su fusta, que á tu reino os guiará, porque con tu vista á muchos que te aman darás placer y gran consuelo. Pero porque estos son lazos que el mundo echa á los que engañar quiere, tornando á juntar la edad verde y florida con la que ya se va secando, dicete, buen Rey, que aquello que aquí por accidente en el pensamiento te vino, aquello con acuerdo y deliberación pongas en obra.» Muy espantado fué el Rey cuando esto la doncella le dijo, en que Urganda tan presto pudiese saber lo que aun él mismo apenas sabia que lo hubiese pensado, y díjole: «Doncella, decid á vuestra señora que aunque yo della he recibido muchas honras y servicios, que este de agora tengo en mas y por él le doy muchas gracias, y mas aquel Señor que me dé esfuerzo que así como yo lo deseo y ella lo dice lo pueda cumplir enteramente.—Dicete mas, dijo la doncella; que en esta montaña dejes á Talanque y á Ambor con Libeo y su compañía para que la guarden; porque desde ella se harán tales cosas en servicio de Dios, que por todo el mundo se sabrán. Esto es lo que mi señora me mandó decir. Agora quedas á Dios encomendado; que yo firme quiero con estos dos hombres mudos, pues que ya cumplieron aquello para que fueron dejados.» Luego se metió en la barca que allí trajo á Esplandian, y tomando consigo los mudos, se fué por la mar adelante á gran prisa, que á poco rato la perdieron de vista.